

za. No ve que es toda una clase social que le pisa los talones, y que con moderación en la forma, pero con energía inflexible le invita a renunciar, cuando aun es tiempo para ello, a un tipo de privilegios que ya no existe en ningún país civilizado.

No merecen mayores comentarios estas observaciones encuadradas perfectamente a nuestra estructura social (por algo bebimos en sus linfas de sangre) y la similitud de nuestros problemas tiene un arraigo conmovedor, tanto en la adaptabilidad del sistema dictatorial como en el azote despiadado que merecemos por la falta de originalidad. Marañón al estudiar el problema español, ha dilucidado un problema indo-americano.

Y hasta en el final de su artículo enjundioso y medular, hay un párrafo, que podría ser el compendio de todo cuanto ha dicho este hombre arrestado, avanzado y vidente desapasionado:

Todo dependerá de que encuentren los hombres capaces de organizar y dirigir esta gran masa y de que no predomine sobre ellos el espíritu cerril que hasta ahora había caracterizado a las derechas españolas. Si éstas tienen instinto de conservación, deben aprender la lección y buscar en adelante el peligro, no en el remoto comunismo, sino en su propia incapacidad de evolucionar.

No hay duda que Marañón habla a la América india, viva de reflejos y de refracciones.—G. L.

ENSAYO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA, por *Salvador Madariaga*.

El caso de Madariaga es, entre los ensayistas españoles de la hora presente, de singular notoriedad; desde luego, por el punto de vista en que sus viajes y su cultura lo han situado. Me refiero a su visión de España fuera de España, lo que da un carácter excepcional a la perspectiva psicológica de su interpretación.

Evoco el grito angustioso de Larra en los primeros años del siglo XIX, tratando de precipitar con su aguda sátira la tardía evolución de la sociedad española de aquellos tiempos, los ojos vueltos hacia Francia. Evoco a Clarín, desterrado en su lluviosa Oviedo e incomprendido en Castilla, el pensamiento fijo en París, único modelo digno de imitarse.

Y Larra y Leopoldo Alas, como más tarde Ortega y Gasset, germanizando a un país de vehemencias indisciplinares, exageraban la nota sin duda y veían con negros colores el porvenir de España; la salvación, para ellos, consistía en europeizarla rápidamente.

El acercar España al Africa y volverle las espaldas a Europa (la tesis de Unamuno y de Reparaz) a pesar de las poderosas razones étnicas e históricas que la apoyan, es también inaceptable en su exagerada tendencia iberista.

España recibió, es verdad, a fenicios y cartagineses (en el ejército de Aníbal había gran cantidad de iberos) como hermanos, pero las

tribus ibéricas, dominadas por los romanos, se infiltraron de su civilización, la hicieron suya y primero los ibero-romanos y luego los hispano-godos, al convertirse al cristianismo, crearon una nueva civilización, en la cual había elementos orientales, acentuados más tarde con el aporte de la invasión musulmana.

¿Europeización? ¿Deseuropeización?

He ahí un dilema que no tiene solución y que tampoco debe buscársela.

Europeizarla, por completo, es restarle carácter, ahogar la natural expansión de la raza, en la cual persisten, quien sabe si para bien de ella, elementos que los otros pueblos de Europa no poseen. Deseuropeizarla es volverla a una primitividad peligrosa, sin aprovechar las evidentes ventajas organizadoras de la civilización de Occidente.

Desde fines del siglo XVII, los escritores peninsulares, testigos de la decadencia, buscaron las raíces del mal que tan rápidamente precipitó a España en la ruina, a pesar de su reciente esfuerzo en Europa contra los protestantes y de la grandiosidad de la conquista de América. Las causas eran muchas y los remedios no se veían aún. Gracián, Quevedo, Cervantes, ahondaban en la llaga, pero sin curarla. Guerras civiles, profundas divisiones entre la meseta y el Mediterráneo, han desorganizado España y las tendencias subsistentes aún, tornan a encontrarse al advenir la República.

El Occidente, menos vigoroso ahora, vuelve a luchar con el sedimen-

to oriental redivivo. La República recuerda por su aptitud acogedora para judíos y árabes, algo de la política de los Califas, que permitían a los mozárabes continuar en sus costumbres y en la práctica de su religión, siempre que aceptasen a sus dominadores.

Es significativo que su Presidente, Alcalá Zamora, reuna en sus apellidos los elementos étnicos de un mozárabe medioeval. Según se dice, hay varios políticos que descienden de sefarditas.

El problema religioso vuelve a plantearse y esta vez agravado por la propaganda materialista del bolcheviquismo, pero el clero español es otra cosa que el clero ruso. Entre los Jesuitas hay numerosos hombres de ciencia y pedagogos excelentes; y a poco que la República haga efectiva los artículos de la Constitución, que se refieren a expulsión de órdenes religiosas, la guerra civil podría estallar, tan implacable como en los tiempos del carlismo.

Madariaga, espíritu sereno, educado en Francia y en Inglaterra, representa la nueva república o un inteligente espíritu de conciliación. Claridad y acción parece ser su lema político. Algo recio y bien construido, como una obra de ingeniería.

Conocedor de España y del espíritu español, defiende esta unidad en la variedad y esta variedad en la unidad, tan típica de la Geografía de la Península.

En un reportaje que el escritor chileno Alfonso Barros hizo a Madariaga en Suiza, encontramos estas

palabras que aclaran su concepto:

«Ni unitarismo ni federalismo. Los que aspiran a un tipo federal representan un retroceso a las ideas del siglo XIX, tan poco de acuerdo con la solidaridad internacional del siglo XX. Tal vez se llegue a una República suficientemente centralizada, pero con la elasticidad necesaria para permitir a cada región una vida desahogada. Una República pactada. Y una República de tipo francés en que el Presidente (ecuanimidad, cordura, conciliación sea más bien Presidente del Consejo de Ministros antes que Presidente de la República. Por otra parte, es de esperar que las Cortes no se dejarán asustar por las palabras. La denominación es lo de menos. En Francia, Gran Bretaña, Escocia, Inglaterra, Irlanda, Gales, se llaman naciones y eso no impide la unidad histórica. Lo esencial es la unidad cordial y no las palabras que se emplean para designarla.

Madariaga, como Erasmo en el siglo XVI, es un enamorado de la cultura Occidental. Me hace pensar en Juan de Valdés tan claro y equilibrado como él, recordando a su España en Nápoles y viéndola, desde el Mediterráneo, con su grandeza y con su defectos. Madariaga comprende la inutilidad de una lucha religiosa y su espíritu ecuaníme prevé la tragedia y trata de evitarla.

De ahí que se inclina a dar luz sobre el problema, a acumular argumentos para sortear el choque, sin discutir. Desde *Ingleses, Franceses y Españoles*, hasta *España*, su último libro, su actitud es la de un

equilibrio, pleno de buen sentido. En el sustraerse a la esterilidad de la polémica, tan del gusto de los españoles, estriba su originalidad. Discutir es enturbiar; no actuar. El trata de comprender y hacer comprender. Esta es su fuerza.

«La historia es de tan poca satisfacción para el hombre de ciencia como para el artista, aunque exige para su manejo armas de ambos arsenales».

Y Madariaga permanece fiel a este principio, a pesar del carácter de esquematización de su último libro (1). El mismo confiesa que forma parte de una colección de monografías de naciones contemporáneas, publicadas en inglés.

Constituye su obra un panorama político de la España actual. Es, al mismo tiempo, un ensayo psicológico y una interpretación histórica. El admirable prosista que hay en Madariaga da vitalidad y amenidad a problemas tan estériles como la cuestión agraria, la cuestión obrera y el problema catalán. Abundan los retratos, maestramente dibujados algunos. El del Rey Alfonso XIII y el de Romanones, por ejemplo.

Cada uno de los capítulos del libro merecería un comentario especial, tan nuevos son los puntos de vista con que Madariaga ha enfocado los distintos aspectos de la historia peninsular durante el siglo XIX; pero el espacio de que dispongo me impide hablar de cada uno de ellos particularmente.

No dejaré sin comentarios el ti-

(1) España. Editorial C. I. A. P.—1931.

tulado *Galdós y la Generación del 98*, en que se da al gran novelista español el papel que le corresponde en el despertar de la conciencia española de fines del siglo XIX y de principios del XX. Ciertamente es que Azorín y Pérez de Ayala habían comprendido ya la trascendencia de la obra galdosiana en ese período de la evolución española.

Madariaga lamenta el desconocimiento que en Europa y en América existe sobre la significación histórica de Galdós y aun sobre su maravillosa potencia creadora. Yo añadiría a España. Se le ha considerado como un novelista para obreros. Demasiado elemental, poco refinado en la forma. Las confesiones enfermizas y las metáforas artificiales estaban de moda; pero los tiempos lo vuelven a colocar en primera línea como a Zola en Francia y como a Gorki en la Rusia soviética. Galdós iba al corazón del pueblo español, porque del corazón de España nació su obra colosal. Fué un símbolo de la meseta y como ella, es grande y tumultuoso. En el vasto panorama de sus novelas y dramas está el épico claro obscuro de la llanura. No hay refinamientos ni escarceos de estilo, sino fuerzas, vendavales desencadenados. La vida de la meseta se reconcentra en Madrid, convertida en gran ciudad a fines del siglo XIX. Galdós pintó la vida madrileña en sus novelas contemporáneas que no eran únicamente descripciones de costumbres, sino interpretación de las virtudes y de las cualidades de la raza.

Así como el Quijote es la muerte

del ideal caballeresco frente al Renacimiento, la obra de Galdós es el espíritu positivo y científico en contraste con el tradicionalismo agónico del siglo XIX en España.

En el siglo XVI pierde España su hegemonía europea; en el siglo XIX, sus colonias. Es también un pueblo anglosajón el que la precipita a una nueva crisis. Entre los palaciegos del siglo XVII y los empleomanos del siglo XIX no hay, en el fondo, muchas diferencias morales.

A los frailes y militares se han agregado, ahora, los abogados convertidos en políticos. El abogado que domina, según Madariaga, el arte de sortear la Ley como el militar el de quitarla de en medio.

Así se unen, en el tiempo, los dos más grandes creadores de vida que ha tenido la literatura española.

Galdós viene de Canarias a estudiar jurisprudencia a Madrid. No vuelve más a su isla y muy pocas alusiones hace a ella en su vasta galería de novelas. Castilla lo ha conquistado y a su interpretación histórica y psicológica va a dedicar toda su vida.

Giner de los Ríos intentó renovar la caída moral de España. Galdós reconstruyó su epopeya en sus episodios nacionales y en sus novelas contemporáneas.

Un profundo optimismo inspira su creación. En esto se diferencia de Cervantes, cuyo humorismo fué amargo y desconsolador. Galdós tiene fe en su raza y sobre todo, fe en el amor, remedio de todas las amarguras y de todas las incomprendiciones. Incluso insinúa soluciones, a

base del amor. Así, en *La Loca de la Casa*, al unir a Cruz, el luchador sano y fuerte, de raigambre popular, con la aristócrata que se ha salvado de la ruina de una familia y va instintivamente hacia éste hombre rudo, símbolo de la virilidad de la raza.

Esta es su importancia en la generación desalentada y pesimista del año 98. Su anticlericalismo, tan utilizado por sus enemigos para desprestigiarlo, es sólo un accidente en su enorme concepción social y ética; en el fondo, es un español convencido y la fe en el porvenir de su raza es la savia que fecunda su creación.

Contribuyó con Giner de los Ríos, con Joaquín Costa, con Ganivet, con Unamuno y Ortega y Gasset a plasmar la nueva conciencia colectiva. España supo por ellos el error de su falsa política y por ellos ha encontrado ahora su verdadero camino.—*Mariano Latorre.*

VIAJES

MUJERES, PAISAJES Y TEMPLOS,
por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Otra obra en la lista ya larga de publicaciones de Eugenio Orrego. El nieto, que parece quisiera heredar la inalcanzable fecundidad del abuelo historiador, ha abarcado los temas más disimiles en su nutrida producción literaria. «Historia y crítica», «Viajes», «Socialismo», «Teatro», son los acápites en que el propio autor encasilla sus obras y en todos ellos hay más de un título.

Esta última obra (1) es de «Viajes», pero es preciso señalar que por encima de las clasificaciones que haga el autor de sus obras, si se examinan ellas con cierto criterio crítico aunque este no sea muy estricto, se ve que en el fondo, salvando las vallas de la diversidad de materias en todas las obras de Orrego sólo hay un continuado monólogo de un escritor de teatro, que ha desviado sus naturales facultades. Un autor de teatro porque su característica más principal es el espectáculo, la nota expectante. El autor de dramas y comedias que desea tener suspenso a los espectadores ante una situación dramática determinada, que pretende ahincar el estudio de determinados conflictos pasionales, es el mismo viajero incansable que del Extremo Oriente nos relata los pintorescos espectáculos de las costumbres exóticas, de sus impresiones personalísimas; el mismo aficionado a la sociología que apasionadamente nos desparrama en imágenes de la nueva Rusia las excelencias de un determinado credo social; el mismo ensayista de historia que entre papeletas viejas y personajes estudiados le dió rienda suelta a la imaginación generosa y nos regaló, en consecuencia, una nueva visión de este personaje, de aquel acontecimiento, de esa época.... En todas sus producciones Eugenio Orrego ha guardado su nota personal, su íntima fusión con todo aquello que escribe, su

(1) Edit. Impresora Uruguaya. Montevideo, 1931.